

COMENTARIOS A LA MESA REDONDA SOBRE LA HISTORIA DOBLE DE LA COSTA

ORLANDO FALS BORDA

Investigador

Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales,
Universidad Nacional de Colombia.

Raymond Williams nos ha recordado aquí que soy el único autor programado que se hace presente en persona, porque sigo vivo. Y a decir verdad, ¡ni muerto me hubiera perdido de la sesión de esta tarde dedicada a la *Historia doble de la costa*! He gozado mucho escuchando a los colegas, y quiero agradecerles a ellos y a todos los presentes por haberme dedicado tanto de su valioso tiempo.

Vayamos al grano. Son muchas las cosas que quisiera decirles y, ante todo, aclarar, porque veo que en parte estos trabajos (que no son sólo míos) no han sido bien interpretados ni entendidos en lo que se han propuesto.

Pongámonos de acuerdo por lo menos en algo que necesita ser enfatizado en seguida. La *Historia doble* no es historia clásica sino una amalgama ordenada de mensajes y acentos sobre una situación humana concreta en el tiempo y en el espacio. Sería una historia, pero en el sentido amplio, flexible e imaginativo de los cuentos que mi abuelo el coronel Carlos Borda Monroy relataba sobre sus experiencias en la Guerra de los Mil Días; o en el de relatos de costeños como José Sánchez Galeano, el maestro campesino de Bongamella a quien tanto debe el último tomo de la serie. En la *Historia doble*, por la naturaleza de los problemas encontrados, resultó necesario integrar varias disciplinas, entre ellas la literatura, la historia, la ciencia política, la antropología y la sociología con el fin de observar, describir, explicar y conducir un proceso popular dinámico y contradictorio. Tanto su factura como su lectura reflejan (o deberían reflejar) no sólo aquella cronotopía, sino también una experiencia holística y vivencial, que se expresa así en su contenido como en su forma estereofónica de canales de comunicación escrita y visual.

He aquí, no obstante, que esta tarde los colegas norteamericanos colombianistas han examinado esa experiencia total descomponiéndola en tres de sus elementos disciplinarios: la historia, la ciencia política y la literatura. No quiero criticarles por ello, ya que lo han realizado con entusiasmo y respeto. Es lo que uno esperaría normalmente de procedimientos inspirados en paradigmas vigentes. Por eso, al exponer, los colegas hicieron pasar por el prisma académico el haz completo de luz que proviene de la obra criticada, y así han resultado coloridos parciales en que se reflejan particulares intereses institucionales o personales. Por tanto, es natural que hubieran salido no sólo los méritos y fallas evidentes de toda obra humana, sino también las preferencias y los reparos de los críticos. Pero, ¿se habrá comprendido mejor de esta manera el propósito de la *Historia doble* y se le habrá saboreado en su conjunto, que es a lo que invita la experiencia de su creación? Tengo algunas dudas.

Quién más se acercó a aquella exigencia holística fue Raymond Souza, al hacerme el honor de parangonar la *Historia doble* con la *Rayuela* de Julio Cortázar. En efecto, ambas obras son análogas en la articulación de sus diversos estilos y formas internas de comunicación. Lo de los canales A y B —uno para relatos, el otro para interpretación y fuentes— no es nuevo, aunque al diseñarlos no sabía de intentos anteriores. En las ciencias sociales se hallaba el ensayo del etnometodólogo Harold Garfinkel, reducido y poco convincente¹. Hay otro caso, posterior al mío, el del antropólogo Richard Price, quien dividió las páginas de su libro sobre los cimarrones del Surinam en dos secciones, con un fin parecido al de la *Historia doble*².

Veo que Souza, al leer, descubrió que los canales A y B se compenetraban en distintas formas, como fue mi propósito. Me complace esta constatación. Los canales no son simples repeticiones, como lo sugiere Charles Bergquist, sino descripciones y reflexiones distintas que se apoyan e ilustran unas con otras sobre la misma realidad o cronotopía que comparten. Los concebí casi como un conjunto sinfónico en el que entran y salen voces distintas sobre un mismo tema, según necesidades descriptivas, demostrativas o de énfasis. Otro lector informado, Eduardo Galeano, fue más lejos que Souza, pues con su reconocida originalidad Galeano explicó una vez que, en su lectura simultánea de los dos canales de la *Historia doble*, había descubierto los circuitos que van de las páginas de la derecha a las de la izquierda, y viceversa. Encontré sentido en esa novedosa experiencia de lectura: en efecto, por algo decidió seleccionar de esta serie un número de eventos para su *Memoria del fuego*, una obra histórico-literaria que, en verdad, también desafía los esquemas formales de la academia. Estoy seguro de que la *Memoria del fuego* sobrevivirá

1 Garfinkel, Harold. *Studies in Ethnomethodology*, Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1967.

2 Price, Richard. *First-Time: The Historical Vision of an Afro-American People*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1983.

a mucho de lo escrito, aún por brillantes académicos, porque en las universidades se insiste todavía en colocar las disciplinas en compartimientos (departamentos) estancos donde se cree que se está resolviendo problemas con la aplicación especial y exclusiva de las propias reglas, con lo cual se limita la visión y se cortan las alas a la creatividad científica.

Me temo que el colega Charles Bergquist, con su crítica, quizás sin quererlo en el fondo, haya caído en ese reduccionismo esterilizante y negativo. No otra cosa puedo deducir al examinar, consternado, cómo ha aplicado a la *Historia doble*, de una manera cerrada, lo que él designa como “los tres pilares del historiador profesional”: el dominio de la historiografía de lugar y tiempo, la documentación y citación críticas, y la interconexión dialéctica en el cambio social. Al sostener que yo he ignorado estas reglas en el trabajo aludido, no sólo parece excederse en la crítica sino que incurre en el grave error de retrotraer la historia a la era de las cavernas de principios de este siglo, al “diálogo de sordos”, cuando todavía se discutía si era necesario o no superar el modelo especializado de historia política de Leopold von Ranke. ¡Oh, manes de François Simiand y Charles Seignobos! ¡Cuánta tinta ha corrido en balde desde entonces, para demostrar que es posible hacer una historia más amplia y humana, o una “nueva historia”, que parte de James H. Robinson, Lucien Febvre y Marc Bloch, que encuentra una cima en Fernand Braudel y excelentes expresiones entre colegas colombianos! Todos estos (no todos historiadores) rompieron los moldes puristas y reducidos de la historia de los acontecimientos y, al hacerlo, usaron modelos integrantes de descripción y análisis que les acercaron a la sociología. Modernizaron y transformaron así la historia como disciplina científica. Al mismo tiempo, sociólogos como Max Weber se acercaron a la historia, como también Werner Sombart y Ernst Troeltsch, que no ocupaban cátedras de historia, sino de economía y teología. Todos ellos desbordaron los moldes de la especialización disciplinaria y aplicaron las “tres reglas” de Bergquist y otras más. El resultado fue una historia social que es, al mismo tiempo, una sociología histórica. Rompieron las fronteras de las disciplinas sociales y escribieron obras maestras. En cambio, ahora Bergquist insiste en apartar las disciplinas unas de otras para que el “historiador profesional” monopolice aquellos principios generales y pontifique en exclusividad sobre su aplicación, ya que sostiene, contra toda evidencia, que esa “lógica de la disciplina histórica la diferencia profundamente de las ciencias sociales”.

Este grave desenfoque lleva a Bergquist a cometer errores de juicio respecto de la *Historia doble*. Es difícil contestar a este tono pontifical de crítica que él ha asumido, excepto hacerlo en la misma forma y gritar: ¡nada de eso es correcto ni está bien enfocado! Claro que queda también la oportunidad de invitar a todos los observadores y lectores a que constaten cada cargo con las evidencias originales. Así lo espero, con la debida paciencia de todos. A algunos de los cargos más graves me refiero en puntos concretos más adelante. En general, desde cuando empecé a escribir, nunca necesité “invitar” como

expertos a los historiadores para que me sirvieran de consultores o guías, como lo sugiere nuestro crítico al final de su trabajo.

Sostengo, en cambio, que aquellos “tres pilares” o reglas del historiador profesional no son de la exclusiva propiedad de los historiadores sino que son guías generales de todas las ciencias sociales, a las cuales han contribuido personas que no han sido historiadores profesionales. Son reglas que se han venido integrando desde diversos campos del conocimiento. Este ha sido mi caso y mi propia experiencia en la academia y fuera de ella. En la práctica, muchos de nosotros hemos venido construyendo y aplicando tales principios en ciencias afines a la historia, como la sociología y la antropología comoquiera que se han inspirado en una filosofía holística. Como éste es el caso de la *Historia doble*, no puedo menos que interpretar las críticas de Bergquist como un caso de concreción dislocada (“misplaced concreteness”) que impide ver las posibles contribuciones al conocimiento en trabajos de personas que, como yo, no somos “profesionales de la historia”.

Esta inesperada evaluación del colega (inesperada porque en otros escritos Bergquist toma posiciones más abiertas, tolerantes o diferentes) me inspira terror, así tampoco me considere un estricto sociólogo. Es un terror que haya todavía muchos buenos historiadores que rechacen el contacto interdisciplinario en su profesión, que teman perder el confortable nicho institucional (lo que ocurre no sólo en la historia, por supuesto), y que prefieran seguir produciendo una “historia muerta”, sin compromiso con procesos sociales reales que desbordarían las especificidades profesionales. Contra estas miopes actitudes nos levantamos los coautores de la *Historia doble*, porque hemos preferido colocar todas las reglas y técnicas de nuestras artes al servicio de la dinámica colectiva para trabajar con la historia viva, esto es, la que se siente en la dinámica de las aspiraciones y luchas de los pueblos, *cum factis*. En esta forma se modifican tanto el contenido como el sentido de las reglas formales, y se obtienen resultados diferentes que pueden ser más útiles e interesantes. Cabe preguntarse: ¿por qué el mismo Bergquist reconoce que algo anda mal con la difusión del conocimiento histórico contemporáneo? ¿por qué admite que no logra llegar con su valioso mensaje a las clases trabajadoras?³. Quizás sea por la excesiva fidelidad a los marcos y reglas existentes en su disciplina. En buenahora Bergquist empieza a sentir estas tensiones y las expresa, lo cual puede llevarle todavía más lejos: a hacer el tipo de historia social que hoy, en opinión de muchos, se necesita.

3 Charles Bergquist sostiene en su último libro, *Los trabajadores en la historia de América Latina*, Bogotá: Siglo XXI Editores, 1988, pp. 449-450, que hay que tomar en cuenta “a las gentes ignoradas en la historia burguesa” y que “hasta cuando aprendamos a hacer más atractivos los estudios históricos, libros como el mío no serán ampliamente leídos por los miembros de la misma clase que se toma como objeto estudio”. Pues bien, seamos consistentes y llevemos a la práctica lo que escribimos o pensamos.

Desde otro punto de vista: ¿por qué una figura de tanta importancia nacional como Juan José Nieto hubimos de rescatarla de labios de un sencillo anciano pobre de San Martín de Loba, que no de la ilustre tradición académica? Porque ésta ha preferido estudiar la historia con guantes profilácticos y sin compromisos populares. (Interesante es que, a pesar de todo, un académico de nota como es el doctor Eduardo Lemaitre, a quien ayer escuchamos aquí una brillante disertación, una vez publicado lo que escribí sobre aquel caudillo, decidió publicar otra biografía de Nieto en la que reconoció que la escrita por mí era “la más completa”. No corrigió ninguno de mis datos ni glosó para nada la metodología empleada)⁴.

Es evidente que un estudiante universitario armado sólo de aquellas tres benditas reglas formales del historiador profesional no podrá escribir sino *post mortem*. No le será posible escribir sobre la historia viva, porque tendrá dificultades de acceso al tipo de fuentes comprometidas con la acción, ni sabrá emplear el archivo de baúl, ni la imputación, ni la proyección ideológica, ni las otras técnicas derivadas de métodos participativos de estudio-acción. Todo ello tendrá que aprenderlo por fuera de las instituciones, aunque muchas de éstas ya empiezan a asimilar y cooptar tales métodos. Ustedes preguntarán: ¿quién pierde con ello? La sociedad en general pierde el conocimiento amplio y equilibrado de las realidades, especialmente de aquéllas que han sido relegadas por la cientificidad interesada. Ello no quiere decir que no se puedan seguir haciendo estudios formales, como los que me publicaron el egregio *Hispanic American Historical Review* y *The Americas* en 1955 sobre el cronista Fray Pedro de Aguado⁵. Pero, francamente, no creo que muchos me vayan a recordar por esos artículos, que fueron escritos bajo la experta tutoría de algunos de los mejores historiógrafos norteamericanos. Quizás me recuerden más por esos cuatro tomos de alegrías y tormentos vivenciales que cubren desde Mompox hasta el Sinú.

En el fondo, se trata de un asunto de prioridades, de orientaciones ideológicas, de compromisos que rompen aquellos mitos a que llevan las reglas profesionales entancas, tales como el de que haya una “historia final”, o un “conocimiento de verdades absolutas”. Así lo sentí esta tarde. ¿De cuál historia final se trata, excepto la muerta que nos imponen desde arriba como versiones oficiales o elitistas? ¿Con cuál verdad absoluta contamos, si ni en la física se aceptan ya tales postulados?

4 Lemaitre, Eduardo. *El general Juan José Nieto*, Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1983.

5 Fals Borda, Orlando. “Odyssey of a Sixteenth-Century Document: Fray Pedro de Aguado’s *Recopilación Historial*”, *Hispanic American Historical Review*, XXXV, No. 2 (mayo 1955), 203-220; “Fray Pedro de Aguado, the Forgotten Chronicler of Colombia and Venezuela”, *The Americas*, XI, No. 4 (abril 1955), 539-574.

Se olvida que todos tenemos nuestros especiales sesgos, y que por eso no conviene dogmatizar. Por fortuna Michael Bakhtin, hoy de moda, viene en mi auxilio. Ayer no más alguien recordó que este teórico del lenguaje sostuvo que “no existe la última palabra, ni tampoco la primera”. De modo que, según esta fluida visión, la historia y las ciencias serían un diálogo sin principio ni fin. Además, Bakhtin destacó el problema del receptor de expresiones en contextos literarios e históricos⁶. Parece, pues, necesario determinar referentes para la aplicación conjunta y combinada de la historia, la sociología, la ciencia política, la antropología, etc, y para el quehacer de los científicos sociales en general. ¿Para qué y por qué se escribe o comunica? ¿Para quiénes se escribe? Y de allí deducir si el resultado ha sido útil o no en contextos determinados.

En el caso de la *Historia doble*, allí quedan expresados con nitidez sus propósitos: no se escribió como historia formal ni como historia final, para las élites o para los académicos, sino ante todo para suministrar a las clases subordinadas de la sociedad elementos de lucha ideológica que les permitan defenderse de las injusticias que padecen. Esta es la transparente definición personal que se me tacha como voluntarista, moralista y chauvinista regional. Pues bien, que así sea. Por lo menos, juego mis cartas a la luz del sol y no aparentando neutralidad valorativa. Estas son algunas de las reglas alternativas de historiografía que he aprendido con la vida y con centenares de personas sencillas, reglas que creo tan significativas como aquellas con las que inicié mi carrera científica.

Hemos pretendido luchar igualmente contra el monopolio del conocimiento que dicen tener los intelectuales, y que muchas veces ha producido resultados aberrantes, incorrectos y letales para la humanidad. Por eso no nos apena apelar al sentido común, a la cotidianidad, a los “conocimientos subyugados” (Foucault) y a la ciencia popular, como elementos adecuados y legítimos de defensa de la vida. Creemos que así se enriquece igualmente la ciencia académica, cuando abre las puertas. Todo ello inspira el tipo de historia viva y el conocimiento integral que producimos y que evidentemente ha roto los niveles puristas o profesionales ya señalados.

Pasemos ahora de lo general a lo particular.

1. Tiene razón Bruce Bagley al señalar las limitaciones de la *Historia doble* en cuanto a su interpretación del caudillismo costeño (esto es más complejo de lo que parece) y en cuanto al ethos no violento de los indígenas precolombinos, como fuente de actitudes y valores actuales de los habitantes de la Costa. Sobre estos asuntos debemos trabajar con mayor cuidado y profundidad, así como sobre los elementos de la costeñidad que Bagley señala.

⁶ Morton, Gary S. *Bakhtin: Essays and Dialogues on his Work*, Chicago: University of Chicago Press, 1986, p. 97.